

LA BATALLA DE PAVÍA (23-24 DE FEBRERO DE 1525)

Miguel ALONSO BAQUER
General de Brigada de Infantería
Licenciado en Geografía e Historia

SUCEDIÓ hace cuatrocientos setenta y un años, la noche entre el 23 y el 24 de febrero de 1525, exactamente en la madrugada del día de San Matías. En otro día de San Matías, veinticinco años antes, había nacido, en Gante, Carlos, el primogénito de la reina de Castilla Juana la Loca, y también el día de San Matías, pocos años después de la batalla de Pavía, sería coronado Carlos, en Bolonia, Emperador, en 1530.

El problema personal entre Carlos I de España y Francisco I de Francia venía de la disputa por la primera dignidad del Imperio que los príncipes electores decidieron a favor de Carlos en junio de 1519. Venía, como problema político, de las encontradas pretensiones de los reinos de Aragón y de Francia sobre Italia y el Milanésado, sobre la antigua Lombardía, en particular, para materializar de este modo una hegemonía sobre Italia y sobre el Mediterráneo occidental. Lo nuevo era, en 1525, la plena incorporación al conflicto del reino de Castilla con todo el potencial militar explícito de una infantería a la española que se había mostrado en el sur de Italia, a las órdenes del Gran Capitán, irresistible.

La gran manzana de la discordia –escribió José Luis Comellas– fue el ducado de Milán, viejo feudo imperial y nudo vital de comunicaciones entre los núcleos latino y germano del imperio de Carlos, que los franceses ya habían ocupado antes.

La batalla de Pavía –una gran victoria de la infantería española– significaba que ... *militarmente, la combinación de la infantería pesada alemana –lansquenets y piqueros– y la ligera española –arcabuces y ballestas– se imponía a los ejércitos franceses, más lujosos que prácticos. La caballería,*

nervio de las formaciones galas, se muestra impotente a las armas de fuego, sigue diciendo el historiador Comellas.

La batalla de Pavía —una formidable combinación española de espíritu de resistencia, por parte del defensor de la plaza sitiada don Antonio de Leyva y de espíritu ofensivo con capacidad de sorpresa y de maniobra por parte de las columnas españolas de socorro, al mando de don Carlos de Lannoy, del marqués de Pescara y del marqués Del Vasto— marcó una nueva época en todos los escenarios europeos. Ha pasado a la historia por lo destacado de la efemérides de la prisión del ardoroso y valiente rey de Francia, Francisco I, finalmente conducido a Madrid. También por los treinta trágicos minutos en los que lo mejor de la nobleza francesa fue dejando sobre el Parque de Mirabello los cuerpos sin vida del almirante Bonnivet, del mariscal de la Trémoille, del escudero D'Aubigny, etc.

Carlos V —concluye el biógrafo del Emperador, Manuel Fernández Álvarez— cumple con sus obligaciones imperiales. Pone en paz Italia. Se entrevista con Clemente VII. Es solemnemente coronado en Bolonia. Consigue arrancar del Papa la promesa de convocar el Concilio, promesa nunca cumplida. Devuelve el Milanésado a la Casa Sforza... y en Italia tiene noticias de la feliz defensa de Viena, ante el primer avance de Solimán.

La conclusión de esta batalla verdaderamente decisiva apunta a que el impresionante éxito táctico de la infantería española estuvo durante unas décadas aparentemente garantizado en términos políticos. Había terminado brillantemente la primera fase de lo que en la historia, según Menéndez Pidal, se conoce como *ideario carolino*, es decir, la pretensión, por desgracia truncada veinte años más tarde por los avances de la Reforma protestante, de consolidar, en beneficio de una Cristiandad unida, la política general del Imperio.

El acontecimiento militar de más notable resonancia —la batalla de Pavía— ocupará el centro mismo del primero de los cuatro períodos del *idearium* carolino que, para el mejor conocimiento de la figura del emperador Carlos, había trazado el catedrático de la Universidad de Salamanca don Manuel Fernández Álvarez¹: a) el afán de cruzada; b) la lucha por el control del Mediterráneo occidental; c) el intento de dominio del norte de Europa, y d) el esfuerzo por impedir la escisión de la herencia imperial.

El primero, ocupado por la necesidad de controlar y organizar sus dominios hereditarios como base previa para acciones ofensivas potentes, está impregnado, sin embargo, por un afán de cruzada. Es el período en que Carlos V entra sucesivamente en contacto con sus diversos vasallos y toma posesión de sus coronas. En él arranca de los Países Bajos (1515-

¹ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: *Política mundial de Carlos V y Felipe II*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1967, p. 75.

1517), pacífica España (1522-1529), controla Italia (1529-1530) y organiza el gobierno de los Países Bajos, tras la muerte de su tía Margarita, dejando a su frente a María de Hungría.

El final de la primera etapa del reinado, más bien de su primer período, tendrá su más brillante cristalización en la defensa que en 1532 hacen a favor de Viena soldados de todos los dominios del Emperador: alemanes, italianos, flamencos, valones y españoles. *Carlos* —escribe José Luis Comellas²—, *salvo el viaje a Alemania para aceptar el nombramiento imperial, reside en nuestra Península y desde aquí pretende dirigirlo todo.*

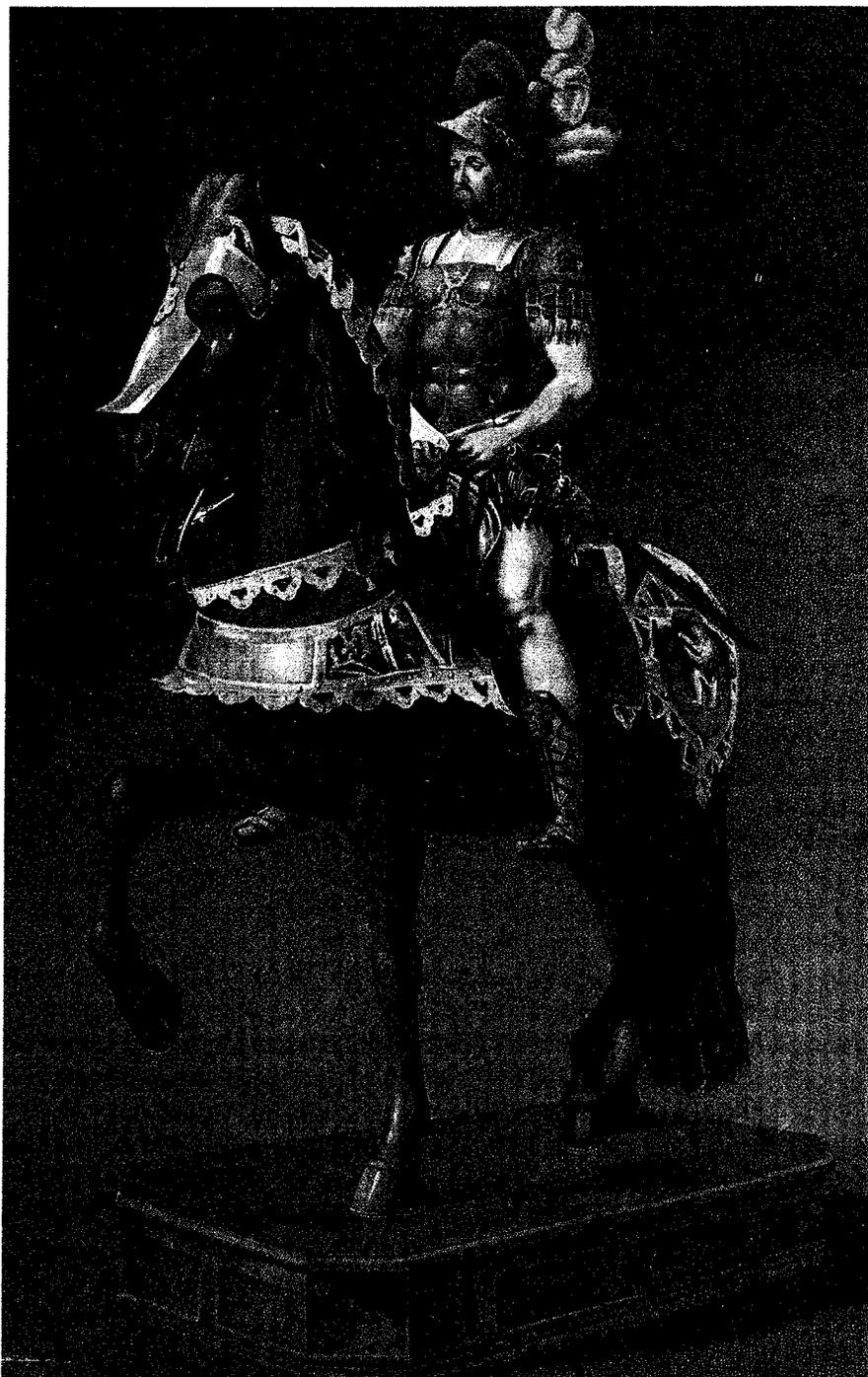
Y si admitimos —continúa diciendo Comellas— *que franceses, protestantes y turcos son los tres ejes en torno a los cuales gira la actividad pública del Emperador, tenemos que en la primera etapa es Francia la que centra su tensión principal; en la segunda se consuma casi totalmente la acción antiturca y en la tercera son los protestantes el fundamental motivo de preocupación.*

La batalla de Pavía, en el nivel de lo político, reflejará la presencia de una contradicción entre lo afirmado por Manuel Fernández Álvarez —el afán de cruzada— y lo descrito por José Luis Comellas —la tensión con Francia—, que Carlos de España se niega a reconocer ante los sucesivos papas. La postura de la Santa Sede durante los pontificados de León X, Adriano VI y Clemente VII, con sus más que radicales cambios de orientación, reflejará que en Roma no se admite el protagonismo de Carlos en una cuestión —la lucha contra el Islam— que debe encomendarse no a un hombre, sino a una coalición de príncipes cristianos. Roma entiende que la búsqueda de una batalla decisiva en la lucha por el Milanesado no tiene nada que ver con el afán de cruzada. Éste y no otro es el trasfondo del problema, que envenenó las relaciones de Carlos con la Santa Sede, incluso después de su victoria en Pavía.

EL NIVEL POLÍTICO: LA EXPLICACIÓN DE LA RENOVADA HOSTILIDAD ENTRE DOS PRÍNCIPES CRISTIANOS

Comencemos por el análisis de las finalidades de nivel político puestas en juego. La hostilidad abierta nuevamente entre los dos jóvenes y caballerescos soberanos de Francia y de España recogía una herencia medieval —la hegemonía en Italia disputada desde dos siglos antes por los reinos de Francia y de Aragón— y ofrecía una solución moderna —la

² COMELLAS, José Luis: *Historia de España, moderna y contemporánea*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1967, p. 96.



Armadura ecuestre de Carlos V. (Lit. de J. Palacios).

elección en junio de 1519 de uno de ellos, Carlos, como emperador, frente a las candidaturas más débiles de los reyes Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra—. Las dos cuestiones eran, históricamente, fruto de dos problemas que poco o nada habían tenido que ver con Castilla. Era Francia quien se sentía atenazada entre los intereses recién coagulados de Aragón y del Imperio.

Ahora bien, la implicación reciente de Castilla en los dos problemas, lejos de aminorar el conflicto, lo exacerbaba. Carlos V, todavía joven, no tendrá inconveniente en forzar la situación hasta el extremo de convertir a la posesión del Milanesado en la prueba decisiva que le acreditaría, a su juicio, como caudillo indiscutible para la posterior lucha contra el Islam.

Tal fue el sentido de la promesa que Carlos V formuló en las Cortes de La Coruña, celebradas en abril de 1520, por boca del obispo Mota. Carlos deseaba hacer de los reinos peninsulares el corazón del Imperio. Cuando regresa a España en julio de 1522, un año largo después del trágico desenlace en Villalar (abril de 1521) de la rebelión comunera, la decisión está tomada. Castilla, en nombre del Imperio, queda incorporada al conflicto contra Francia que ya estaba declarado tanto en tierras navarras como en el entorno de la antigua Lombardía —Pavía, en particular— por el reino de Aragón.

Y así los dos viejos conflictos —la reclamación francesa de Navarra y del Rosellón y la pretensión imperial del dominio sobre Borgoña y el Milanesado— ocuparán el lugar que ideológicamente debía haber ocupado la cruzada contra el turco Solimán. De momento, lo urgente se opone a lo importante, según el *ideario* carolino. En vez de activar una cruzada en el Mediterráneo, cuyo punto de aplicación Castilla lo demandaba en Túnez (mejor que en Argel), el Emperador se enfrentaba en Italia con una guerra hegemónica moderna que tenía lugar entre dos príncipes cristianos y que les exigía a ambos disponer de combatientes a sueldo en gran cuantía.

El balance final de la lucha —favorable al flamenco Carlos, que se verá coronado Emperador por el Papa en Bolonia en 1530— no debe hacernos olvidar su alto precio. Económicamente hablando, Francisco I había reaccionado mejor y había atendido antes a la progresiva reiteración de esfuerzos con más eficacia que Carlos V. Pero en el campo de la táctica, los ejércitos imperiales de Próspero Colonna, de Pescara, de Lannoy, de Leyva y de Del Vasto se habían mostrado más intuitivos y más brillantes. En definitiva, hubo en 1525 una victoria militar de los imperiales en el plano operativo, que se hará más patente todavía en 1528 desde el momento en que la marina genovesa de Andrea Doria abandonó el servicio del rey de Francia para ponerse al costado del Emperador. Pero este último resultado estratégico no lo explica todo a nivel político.

La explicación profunda de lo acaecido en torno a Pavía en febrero de 1525 ni siquiera radica en el plano de la estrategia. La clave está en el contenido preciso del pensamiento imperial, y fue aquí donde la política del Emperador resultó más gravemente afectada de lo habitual por los cambios de postura de la Santa Sede a lo largo del conflicto. Lo ocurrido en Italia durante el pontificado de Clemente VII —particularmente el llamado Saco de Roma (1527)— pondría en el primer plano del trance esta otra grave cuestión: ¿Había sido necesaria o era por lo menos conveniente la derrota en Italia de Francia? De hecho, resultó innecesaria e inconveniente para los fines de la cristiandad, aunque decisiva para la hegemonía de España.

Los españoles de la época creyeron que Francia debía ser derrotada primero para que no estorbara después el afán de cruzada. En la cita, Comellas, hábilmente, se sale del fondo de la pregunta sobre la necesidad o la conveniencia de la derrota de Francia para insistir en lo que más claramente podía observarse tras lo acaecido en Pavía: en el éxito de una revolución militar.

La batalla de Pavía ratificaba lo que ya Maquiavelo había dejado patente poco antes en su obra *El arte de la guerra*³. El arma individual del infante, de momento, decidía mejor los choques que la carga de caballería. La artillería, todavía, no podía apuntarse grandes éxitos. Y así la confrontación en Italia de franceses y españoles será prioritariamente una cuestión técnica. El afán de cruzada podía ser abandonado, al igual que venía abandonándose el pacifismo de Erasmo, como nota definitoria del temperamento de los príncipes cristianos del Renacimiento. Lo que se impuso fue una reforma técnica de los ejércitos.

Resumamos, pues, el proceso de los acontecimientos más esencialmente políticos, que es el que nos conduce a Pavía.

La guerra entre Francisco I y Carlos V había comenzado el 22 de abril de 1521 con un amago serio de invasión francesa de Navarra. Al comienzo de las hostilidades en torno a Pamplona, muere el administrador belga de los intereses del Emperador en España, Señor de Chièvres, y queda destacado como su sucesor en el consejo de Carlos V el piomontés Gattinara. Éste, sin dudarle un instante, logra imponer una nueva política italiana. Y así, en noviembre, de acuerdo con ella, las fuerzas del Emperador, ya han conquistado Milán. Dos meses más tarde, Carlos V

³ MAQUIAVELO, Nicolás: *El arte de la guerra*. La obra está redactada hacia 1519 y recoge las experiencias de los hermanos Próspero y Fabricio Colonna a las órdenes del Gran Capitán. La impresión que en Maquiavelo produjo la batalla de Pavía está reflejada en su historia de la ciudad de Florencia, una obra posterior.

favorecerá en Roma la elección como Papa (Adriano VI) de quien había sido su regente en España, Adriano de Utrech. El afán de cruzada contra el turco le parece entonces compatible con la inmediata devolución del Milanesado a la órbita del Imperio.

Pero la sucesión, nueve meses más tarde, del fallecido Adriano VI por Clemente VII –un Papa finalmente profrancés y en todo momento políticamente ambiguo– romperá todos los anteriores presupuestos de fácil hegemonía imperial en Italia. Francisco I reconquistará Milán en octubre de 1524, actuando ahora en franca alianza con el Papa y con Venecia. Carlos V, defraudado también del escaso apoyo de Enrique VIII, renunciará de momento al proyectado enlace matrimonial con la Casa inglesa y buscará en Portugal –Isabel, hija de Manuel el Afortunado– la esposa que pueda comprender mejor el afán de cruzada dadas las nuevas circunstancias. De hecho, Castilla había sido atrapada por Carlos V en su empeño antifrancés. Y la mirada hacia Portugal significaba que todavía era posible, en su opinión, la vuelta al norte de África, como el objetivo prioritario de los reinos peninsulares.

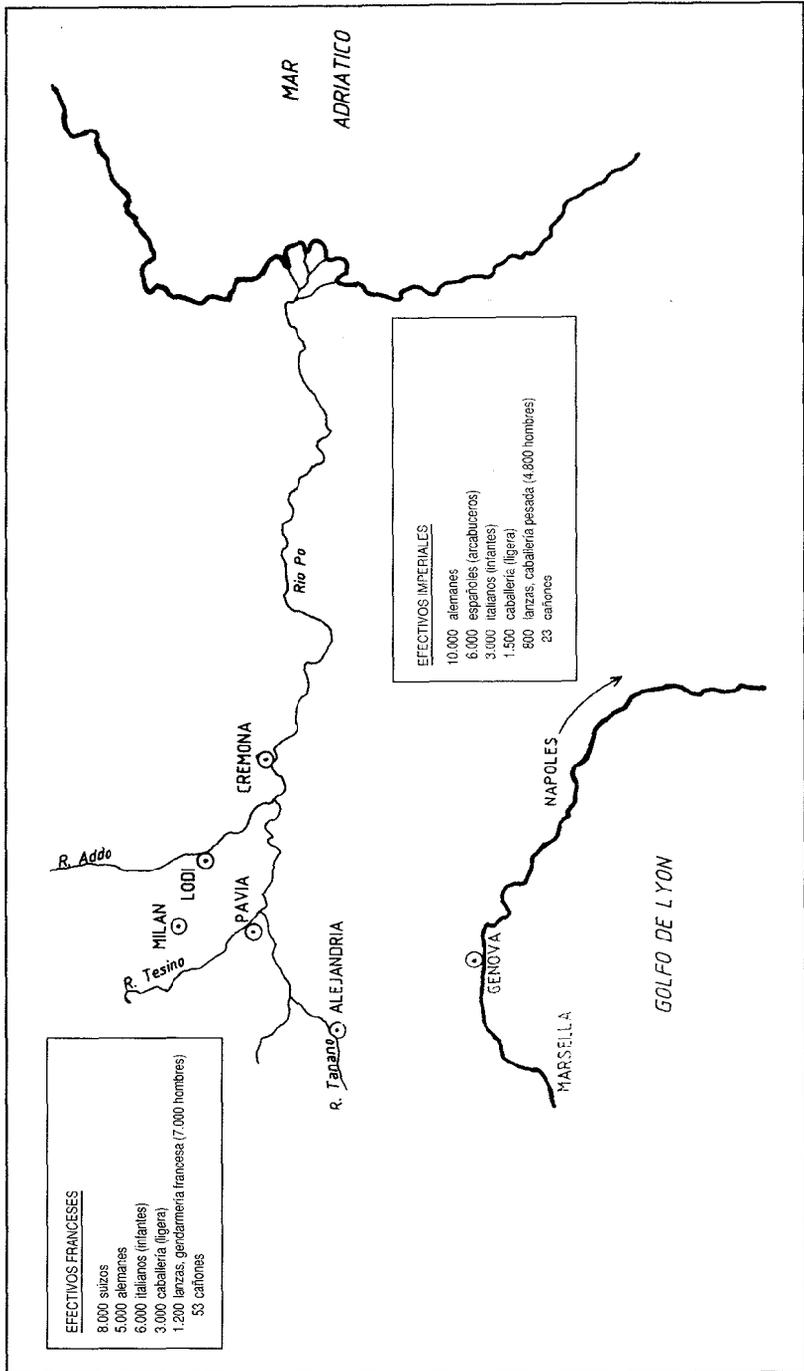
La hostilidad mutua Francia-España se hace aún más manifiesta en 1525 y el dictamen final del conflicto quedará encomendado a la fuerza de las armas. La victoria de los imperiales en Pavía (febrero de 1525) sentará las bases del posterior dominio hispano en Italia, pero perturbará las posibilidades de implantación española en el norte de África. Desde la política exterior castellanizante de Isabel, Carlos V había retornado a la política internacional de Fernando, su abuelo aragonés. El eje de las operaciones suyas ya no será el que desde Cartagena le llevaba a Argel, sino el que desde Barcelona le conducía a Génova. Era una finalidad nueva para Castilla, esencialmente política, la que había convertido al Milanesado en el centro de gravedad de la guerra contra Francia.

EL NIVEL DE LA ESTRATEGIA TOTAL: LOS ANTECEDENTES MILITARES DE LA ZONA DE OPERACIONES DEL MILANESADO

Veamos, en segundo lugar, el significado de los antecedentes militares propiamente dichos. La confrontación armada sobre el valle del Po entre Próspero Colonna, al mando de las fuerzas de la coalición pontificia e imperial y el virrey francés de la antigua Lombardía, el vizconde de Lautrec, Odet de Foix, se había iniciado ya en 1521 durante el pontificado de León X. Como quiera que había numerosas tropas mercenarias de nacionalidad suiza en ambos ejércitos, que no deseaban combatir entre ellas, aquella guerra había adoptado un estilo perezoso e insustancial de lucha

BATALLA DE PAVÍA

I. Antecedentes



armada. En Rebeco, junto al río Oglio, los contendientes renunciaron al inminente choque.

Con todo, un Próspero Colonna sorprendentemente activo, tras pasar su ejército sobre el río Adda, había invadido el Milanesado y había obligado a Lautrec a refugiarse en la capital, Milán. La creciente audacia del napolitano Colonna, arrastrada por los gestos arrogantes de la vanguardia española, que mandaba el marqués de Pescara (en la escalada nocturna y por sorpresa de una torre cuadrada, esencial para la defensa de Milán), fue convirtiendo inexorablemente en propiedad de la coalición pontificia e imperial a las ciudades de Pavía, Lodi, Parma y Plasencia. El virrey francés, impresionado, se encerró en Cremona y pasó los últimos meses del año dominando, en precario, únicamente el castillo-ciudadela de Milán (figura 1).

Abierta de este modo violento la campaña de 1522, el español Antonio de Leyva se haría cargo con tres mil hombres de la defensa de Pavía, mientras Pescara, subordinado a Colonna, luchaba sin tregua por la posesión de la ciudadela de Milán. El francés Lautrec se concentra entonces en los preparativos para un ataque a Pavía, pero tiene que suspenderlos porque el español Leyva ha sido reforzado por un buen número de lansquenetes alemanes que había logrado reunir Francisco Sforza, el candidato español al ducado de Milán.

Fue entonces cuando tuvo lugar el famoso combate de la Bicocca, no muy lejos de Milán. El duro encuentro, fatal para el francés, careció de favorables consecuencias para Pescara. Era el 27 de abril. En el invierno siguiente todavía existen tantas tropas francesas en las ciudadelas de Cremona y de Milán como tropas imperiales en el resto de las grandes ciudades del Milanesado. Una atmósfera de tregua domina la vida de la población civil, que se resigna a convivir con la influencia española tanto como con la influencia francesa.

Todo se reactivará cuando en 1523, elegido Papa Adriano VI, no sólo no cederá Francisco I, sino que reiterará su voluntad de dominio al sur de los Alpes. Por tierra, el ejército del almirante Bonnavet, tras sobrepasar los pasos de montaña, alcanza las márgenes de Cremona y de Milán. Colonna, *que luchaba más con su cerebro que con la espada* (es lo que dice el historiador inglés Charles Oman⁴), que jamás se expuso a un gran desastre y que sólo aceptaba una batalla cuando ésta resultaba indispensable o indiscutible, decide ganar tiempo y esperar. De ninguna manera empeñará a sus tropas en una batalla (que pudiera resultar decisiva) sin estar seguro de la victoria.

⁴ OMAN, Sir Charles: *A History of the Art of war in the XVI century*, pp. 170-182.

La situación de equilibrio se prolongará por múltiples causas, entre las que se destaca la que nos ofrece Martínez Campos⁵, como suficiente: la muerte de P. Colonna.

Pero lo cierto es que el insigne contemporizador y gran discípulo del tan ilustre Gonzalo de Córdoba falleció a los pocos días en la propia capital de Lombardía, casi al mismo tiempo que Adriano VI.

La superposición de los efectos psicológicos de ambas muertes en el mes de septiembre dejó muy disminuido el apoyo a Carlos V por parte de las tropas pontificias. El sucesor, Pescara, recuperado para servir en Italia tras una fugaz visita a España, quedaba obligado a seguir asumiendo el mismo modelo estratégico que el del general desaparecido, la aproximación indirecta. Con todo, creyendo firmemente como creía que nada disolvía tanto los ejércitos como la inacción, no dejó de ordenar constantes escaramuzas nocturnas, debidamente encamisados sus arcabuceros para evitar los ruidos y los inoportunos brillos de armadura, siempre con la única finalidad de agotar la paciencia de los franceses del almirante Bonnavet. Y así, a comienzos de 1524, el 6 de febrero, cuando la presencia del virrey de Nápoles, Carlos de Lannoy, ya había engrosado las fuerzas imperiales, presentará batalla junto al río Sesia. Y el ejército francés, sin confianza en la victoria, tomará la decisión de abandonar el suelo italiano prácticamente sin haber combatido. Lannoy asume la autoridad sobre todas las tropas del Imperio.

Este repliegue francés fue inmediatamente seguido de una operación audaz por parte castellana. Pescara conquista Tolón, pone cerco a Marsella y busca el apoyo del duque condestable de Borbón, entonces enemigo mortal del rey de Francia, para sus operaciones en el mediodía francés.

Sólo dos fuertes razones, muy bien atendidas en las memorias del cronista cordobés Martín García Cerezeda⁶, pueden explicarnos el abandono hispano del asedio a Marsella: la llegada de la flota genovesa de Andrea Doria al puerto de Marsella en socorro de los franceses y la noticia de que Francisco I, en persona, había cruzado los Alpes.

En efecto, el 25 de octubre, Francisco I había traspasado los Alpes en su integridad por Mont Cernis. Venía acompañado por veinticinco mil infantes, unos cinco mil caballeros y un formidable tren de artillería. Entonces Pescara, de acuerdo con Lannoy, se vio obligado a trasladar sus efectivos

⁵ MARTÍNEZ CAMPOS, Carlos: *España bélica: el siglo XVI. Primera parte*. Ediciones Aguilar, Madrid, 1965, p. 138.

⁶ GARCÍA CEREZEDA, Martín: *Tratado de las campañas y otros acontecimientos de los ejércitos del Emperador Carlos V... desde 1521 a 1545*. Tres vols., Madrid, 1873-1876, tomo I.

desde Marsella a las ciudades del Milanesado que creía amenazadas: Milán (ciudadela), Alejandría, Lodi y Cremona⁷.

La primera idea de maniobra del rey francés acarreaba para su ejército la dispersión de su gente. La Trémoille se dirigiría a Milán, Saluzzo a Génova y Albany a Nápoles. El Rey, con el grueso a su inmediata disposición, puso sitio a Pavía el 28 de octubre, porque Pavía era, a juicio del ejército invasor, la llave del Milanesado. Dominaba la confluencia del Po y del Tesino y estaba a sólo treinta y cuatro kilómetros de Milán.

El punto más fuerte de Pavía era, naturalmente, su ciudadela. Su complemento para la defensa lo constituía el Parque de Mirabello, con quince kilómetros de perímetro y un muro continuo de cuatro metros de espesor en su base por tres de altura. Al parque se tenía acceso por el este del lado del afluyente Vernácula del Tesino. Dos puentes de barcas y uno fijo permitían la evacuación de la ciudad de Pavía hacia el sur (figura 2).

El gobernador de la plaza, Leyva, dada la parquedad de sus efectivos, no podía atender la defensa del parque. Y así, Francisco I se aposentó en él desde el primer momento. Su ejército fijó un número suficiente de fuertes destacamentos que obturaron de manera permanente las salidas de la ciudad. Incluso llegó a dominar San Lázaro, uno de sus arrabales, y también el conjunto de la vega llamada de las Cinco Abadías. La situación de los españoles de Leyva era, pues, angustiosa.

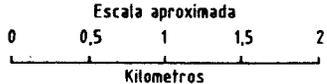
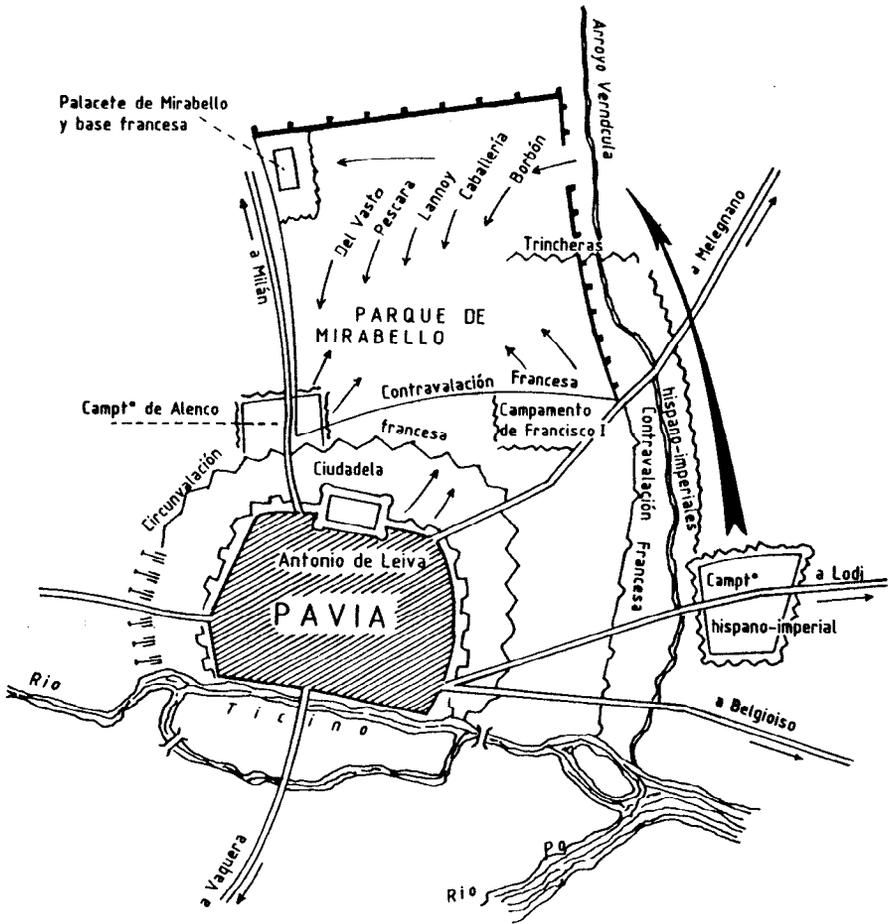
Fray Prudencio de Sandoval, que publicará su obra de historia durante el reinado de Felipe III, resume el poderío del rey de Francia en cuarenta mil infantes, tres mil hombres de armas y dos mil caballos ligeros. Ésta es la impresión que nos transmite referida a la hora de la salida de Francisco I en París:

Con tales palabras —se refiere Sandoval en el *Libro duodécimo* al poder de gobernar Francia que entrega a su madre, Luisa de Saboya— *y otras semejantes, representó el rey la causa de su jornada y el enojo que contra sus enemigos tenía. Y con él lleno de cólera caminaba a toda furia con seis mil suizos, otros tantos alemanes, diez mil franceses e italianos, dos mil hombres de armas y otros tantos arqueros, la vuelta de Lombardía con increí-*

⁷ GUICCIARDINI, Francisco: *Historia de Italia*, en Biblioteca Clásica (1889-1890), Madrid. Seis tomos preparados por el propio Felipe IV; Díez del Corral, Luis: *La monarquía hispánica en el pensamiento político europeo. De Maquiavelo a Humboldt*. Biblioteca de la Revista de Occidente, 1ª edición, Madrid, 1975. Sobre el marqués de Pescara, descendiente de una noble familia castellana, que había pasado a Italia con Alfonso de Aragón, conquistador de Nápoles y que combatió muy mozo en la batalla de Rávena, como comenta Díez del Corral: *Aunque no de mucha edad, pues no pasaba de treinta y seis años, era ya viejo en experiencia.*

BATALLA DE PAVÍA

II. Croquis



*ble deseo de cobrar a Milán. Así pasó los Alpes, que llaman Montes Ginebros por los términos de Saboya*⁸.

Este formidable ejército había terminado, pues, estratégicamente aplicado a una sola misión y a un único designio: la rendición de Leyva en Pavía. La clave de la campaña recién iniciada –todavía se vivían las bajas temperaturas del invierno– se reducía al dominio de esta excelente posición. Todo lo demás, pensaba Francisco I, se le daría por añadidura, particularmente el predominio en el Milanésado, cuya cabecera política, Milán, estaba casi desierta por causa de la reciente peste.

EL NIVEL ESTRATÉGICO GENERAL: PAVÍA, CENTRO DE GRAVEDAD DE LAS CAMPAÑAS DE 1524 Y DE 1525

Recordemos, en tercer lugar, la marcha de los acontecimientos en torno a la ciudad de Pavía ya vividos por los imperiales. Don Fernando Dávalos, marqués de Pescara, había tardado veinte días en conducir su maltrecho ejército desde Marsella a la zona de Pavía, donde confiaba que Leyva se hubiera hecho verdaderamente fuerte, merced a la incansable vigilancia de los trabajos de fortificación. Sabe que se le había reforzado con seis mil lansquenets alemanes a la guarnición inicial de sólo unos trescientos españoles y otros quinientos italianos. Con prudencia, Pescara dejó lo mejor de sus tropas en Alejandría y Lodi y se aprestó para la recepción y el encuadramiento de los nuevos efectivos procedentes de los demás vasallos italianos del Emperador, que obedecían, como él mismo, al virrey Lannoy.

Francisco I, sin aceptar consejos de sus generales, estaba absolutamente decidido a mantener a la ciudad de Pavía como centro de gravedad de la campaña, incluso más allá de los meses finales del año 1524. Seguro de su éxito, había despedido, nada menos que hacia Nápoles, al ejército del duque de Albany. Ahora bien, al ver la calidad del sistema de defensa de Pavía en las manos del experto Leyva, hubo de rectificar en su plan y Albany quedó recuperado a las órdenes indirectas de su rey en la Toscana, más o menos disponible, para operar junto a él.

En realidad, Pescara estaba siendo víctima de una notable inferioridad, ante todo en caballería pesada y artillería. No podría soportar una batalla frontal en campo abierto. Sólo disponía de diecisiete piezas de tiro, frente a las cincuenta que acompañaban al rey de Francia. Confiaba, como siempre, en el deterioro de la moral de los cincuenta mil hombres del enemigo, acampados a la intemperie entre las tapias del Parque de Mirabello y la ciu-

⁸ Edición madrileña de 1847 a cargo de don Gregorio Urbano Dargallo, p. 117.

dad de Pavía a lo largo del arroyo Vernácula y sobre las famosas Cinco Abadías.

Entre lo que hoy se llama Porta Pescarina (en el vértice septentrional y oriental del Partue) hasta la confluencia del Tesino con el Po, la posición dominante de los franceses era la Torre del Gallo. Las abadías de San Giuseppe, de San Paolo, del Santo Spirito, de San Geocomo y de San Pietro envolvían el campamento francés y cerraban la carretera que desde Pavía conducía a Lodi. Sobre la Casina Repentita, en el otro vértice del parque —el septentrional y occidental, aunque orientado hacia Milán— quedaba el palacio donde, finalmente, se instalaría Francisco I en virtud de lo largo y continuado del asedio.

Francisco I confiaba, a su vez, en el derrumbamiento de la moral de los hombres de Leyva. Las frecuentes salidas del capitán español le ocasionaban bajas, pero en nada alteraban la situación general. Había indicios evidentes de queja por sus exiguas pagas entre los lansquenets alemanes sitiados. Se sabía que Antonio de Leyva, sin perder la compostura y sosteniendo su fama de estoico y tranquilo, de incansable y reservado (que le reconocen los cronistas de la batalla de Pavía: Mexía, Sandoval y Santa Cruz y que testificó en fecha reciente Raffaele Puddu⁹), se había visto obligado a repartirles el oro y la vajilla de su propia casa.

Por último, Francisco I creía que la peste había hecho su aparición en el recinto de la ciudad. Era, pues, Pavía un objetivo que estaba más a su alcance que Lodi o que Cremona en tanto condición previa al regreso triunfal de su ejército victorioso a la ciudad de Milán, que él daba por inminente y seguro. Pavía, estratégicamente, dominaba la ruta del Tesino hacia su nacimiento en los Alpes. Era un nudo esencial para las comunicaciones de Francia con sus intereses en Italia. Era, además, el reducto popular donde Carlos V tenía reunidos más admiradores y partidarios.

No todo eran, sin embargo, malas noticias para la suerte de Pescara, un caudillo que conocía de nombre y de vista a los soldados y en especial a los españoles: *y en el combate llamándolos por su nombre daba ánimos a todos*, como testimonia su ferviente admirador Giovio¹⁰. Este capitán, esposo de Vittoria Colonna, considerado por los arcabuceros *padre común de todos los infantes y varón astuto y sabio*, confiesa que se decidirá a atacar al ene-

⁹ PUDDU, Raffaele: *El Soldado Gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: la España del siglo XVI*. Argos Vergara, Madrid, 1984, n. 49, p. 38.

¹⁰ GIOVIO, Paolo: *Le vite del Gran Capitano e del Marchese di Pescara*. Edición de Basi, 1931, p. 394; ídem: *Vida de Gonzalo Fernández de Córdoba, llamado el Gran Capitán*. Traducción de Pedro Blas Torrellas, Zaragoza, 1554, y reimpresión de Antonio Rodríguez Villa. Nueva Biblioteca de Autores Españoles. Bailly-Ballière. Madrid, 1908. Obra incluida en el volumen *Crónicas del Gran Capitán*.

migo sólo si se sabe en condiciones de evidente ventaja numérica o táctica. Aun cuando finja un máximo de seguridad para infundir ánimos a los suyos, conservará en el fondo de su ánimo una absoluta prudencia.

En efecto, Pescara recibe a tiempo el refuerzo en Lodi de los quinientos borgoñeses y de los seis mil lansquenets que había reunido en Alemania el duque-condestable de Borbón. Como buen psicólogo, se esfuerza en hacer ver a sus capitanes y soldados que el remedio de todos los males vendrá de una victoria sobre los franceses, que él se dispone a preparar con su proverbial parsimonia.

Es entonces cuando se reiteran con más frecuencia los discursos de Pescara a los soldados españoles, siempre cargados de particular realismo y de sabiduría práctica:

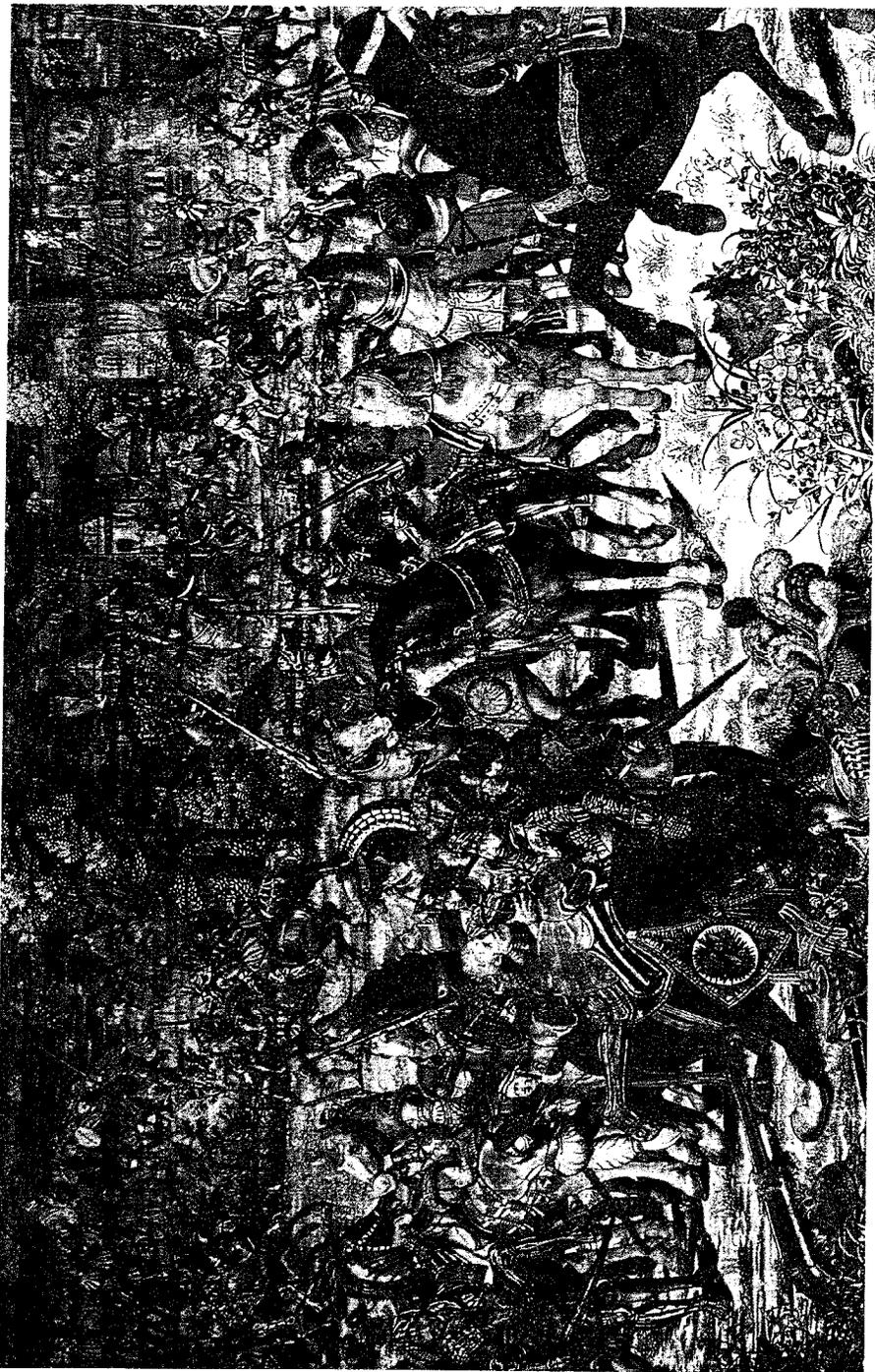
No os matéis —les dice, mientras actúan en escaramuzas por sorpresa para obtener víveres y dinero—, *salid, paso a paso, hijos y hermanos míos, que para todos hay en el despojo. Porque quiero que sepáis que tenemos tres reyes en Italia que despojar: el de Francia, el de Navarra y el de Escocia*¹¹.

EL NIVEL ESTRATÉGICO OPERATIVO: LA BATALLA DECISIVA DE LA MADRUGADA DEL 24 DE FEBRERO

Puede decirse que el 24 de enero de 1525 los imperiales de Pescara saltan desde la estrategia general de aproximación indirecta, que venían practicando para intentar el dislocamiento del grueso del rey Francisco I, a la estrategia operativa de la acción directa. Su ejército sale marcialmente de Lodi, haciendo sonar las cornetas y tambores: en cabeza marchan los caballos ligeros del marqués de Civite de Sant'Angelo; seguidamente van seis mil infantes españoles a las órdenes del sobrino de Pescara, marqués Del Vasto; junto a ellos caminan dos mil napolitanos que manda Cesaro, por delegación expresa del virrey, el flamenco Lannoy; la artillería viene después y, en cola, marchan los tudescos del caballero Jorge Tronsberg o de Austria. En Lodi queda el posible beneficiario político de la acción, duque de Sforza. La expugnación, en ruta, del castillo milanés de Sant'Angelo sirve una vez más para que el ejemplo de Pescara, trepando el muro con espada y rodela, levante la moral de todos los infantes de su ejército.

Después de dos semanas de marcha, realizada con la habitual prudencia del caudillo hispano-italiano, el ejército del Emperador llegó el 7 de febrero a la vista de Pavía. Los grandes lugartenientes de Francisco I —La Trémoille,

¹¹ Pág. 135 de la obra de Sandoval.



Batalla de Pavía entre Carlos V y Francisco I de Francia. Tapiz según cartones de Van Orley. Museo de Nápoles.

La Palice y D'Aubigny— le aconsejaron un repliegue estratégico que pusiera al ejército francés al amparo de las primeras estribaciones de los Alpes.

Pero el rey decide todo lo contrario: el despliegue de los suyos a lo largo del trazado de la línea fortificada que desde el Tesino subía hasta el muro del Parque Mirabello. Manda venir desde Milán nueve mil infantes y refuerza con infantes suizos y grisones los destacamentos a extramuros de la ciudad de Pavía. El propio rey se instala en el Palacio o Casina Repentita del Parque Mirabello, al amparo de las tropas selectas con las que el duque d'Alençon piensa reaccionar frente a los intentos de salida de don Antonio de Leyva, el capitán navarro encerrado en la ciudad de Pavía. Las piezas de artillería, en su mayor parte, se orientan desde la Torre del Gallo hacia el camino de Lodi para batirle.

La artillería francesa rompió el fuego el 8 de febrero contra la vanguardia de Pescara. Ésta, para protegerse, opta por caminar dispersa y fluida por el bosque que bordeaba por la izquierda las aguas del Tesino. A media legua de distancia de los franceses quedan detenidos los hombres de Pescara. La batalla, como combate decisivo de la generalidad de la fuerza, estaba en el horizonte de los generales de una y otra parte, pero todavía no se produce.

Cerca de un mes permanecieron ambos ejércitos acampados frente a frente. Las mejores posibilidades de sobrevivencia estaban a favor de los franceses. Una zona de canales, de grupos de árboles y de pequeños arroyos se extendía a lo largo de la línea de contacto.

Pescara, que ya había asumido el mando táctico de todos los imperiales, intentará introducir en la plaza víveres y tropas, lanzando por sorpresa y a toda brida a unos cincuenta jinetes con sacos bien provistos de pólvora y atados a las grupas de las monturas. No dejará tampoco de colocar disparos de arcabuz a todas horas del día y de la noche para desmoralizar a los franceses. Es consciente de que sus soldados no desean continuar por mucho tiempo sufriendo a la intemperie y mal pagados los rigores del invierno. Sabe que es él quien tiene que provocar un cambio en el hilo previsible de los acontecimientos. Formalmente, el virrey Lannoy ostenta la suprema autoridad entre todos los generales del Imperio. Pero Pescara reúne suficiente prestigio para actuar con iniciativa.

Una noche —la que se extiende entre los días 19 y 20 de febrero— Pescara obtiene el éxito psicológico de la gran escaramuza de los descamisados, llevando tras de sí nada menos que cuatro mil hombres. Arrolló unas cuantas tiendas del campamento francés y esgrimió las armas contra cuantos soldados huían al ser sorprendidos en su sueño. Sus soldados rebasaron cañones, quemaron depósitos de víveres y municiones y causaron bajas en una noche particularmente oscura y larga.

Pero Pescara, siempre prudente, no quiso entonces llevar más allá su hazaña:

Antes del alba, reunió a su gente –resume Martínez Campos en la obra antes citada– y regresó con el botín cogido, mas sin dinero. Sin dinero y sin harina, que también se había acabado.

La acción había afectado a la parte norte del Parque de Mirabelo. Las camisas vestidas sobre los coseletes favorecieron el mutuo reconocimiento de los asaltantes y mitigaron los primeros ruidos que hubieran impedido la sorpresa nocturna.

En realidad, se podía prever que Pescara, más dinámico cada día, estaba optando por alguna forma de batalla que los franceses, en principio, no deseaban ni necesitaban librar. La batalla frontal de estilo medieval estaba descartada también por Pescara¹².

La solución era o estaba en disponer las cosas de tal modo que la batalla se saliera de aquellos moldes y recordara el juego de movimientos de las batallas de Ceriñola y de Garellano, a su vez heredero de los desplazamientos ágiles atribuidos por Gonzalo Fernández de Córdoba y por Pescara a Julio César. El virrey Lannoy, flamenco, y el duque de Borbón, borgoñón, una vez más ceden al hispano-italiano Pescara la conducción estratégica de la operación que éste había imaginado.

El plan estaba claro, escribe Martínez Campos con datos que toma de la crónica de Alonso de Santa Cruz¹³:

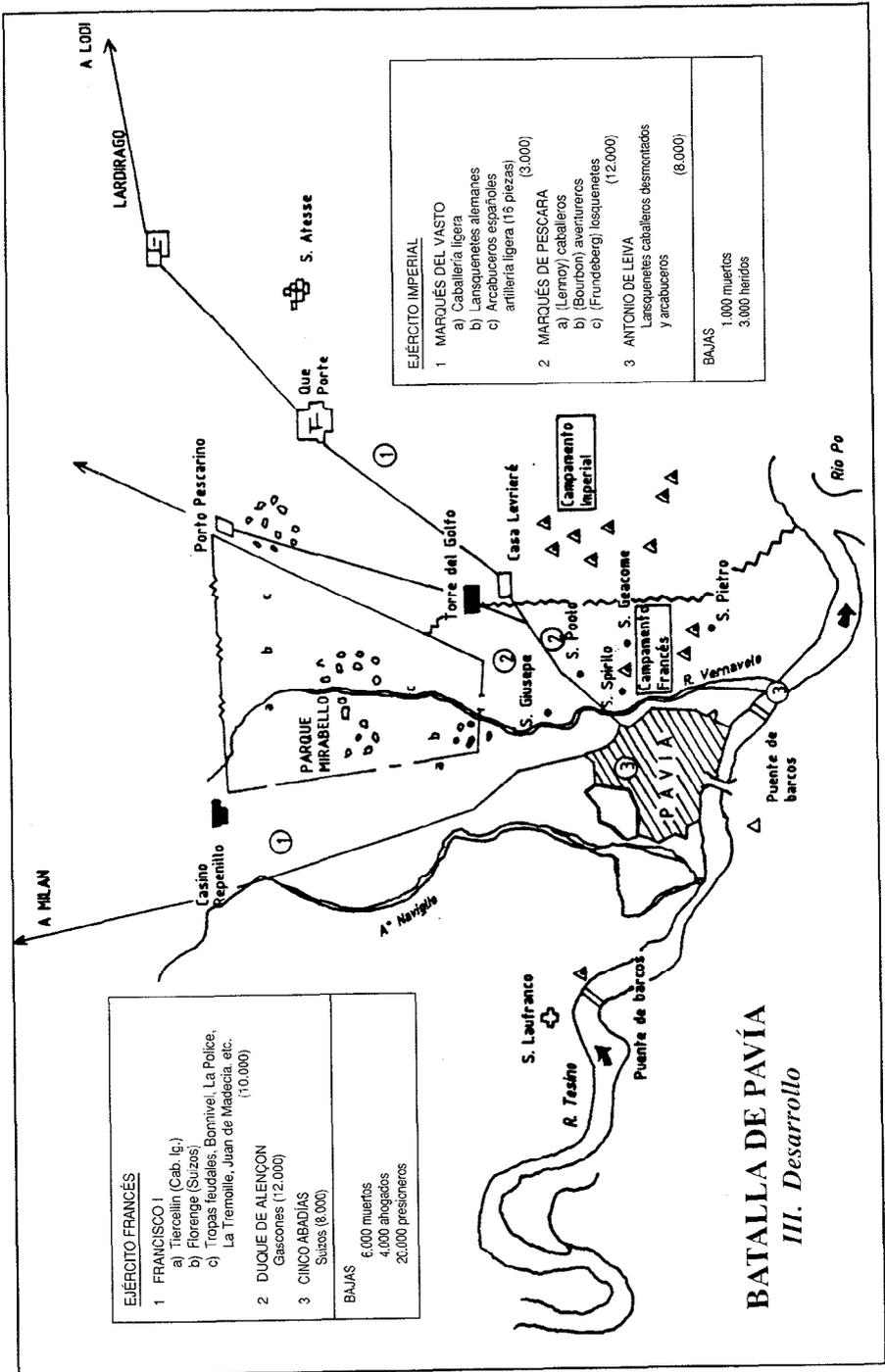
Impartió sus órdenes el 23: un ataque destinado a dividir a los franceses en dos grupos. Meta: el parque de Mirabello, del que serían previamente derribados grandes lienzos de muro. Ayuda sobre el flanco: un fuerte amago realizado por los sitiados en Pavía. Aviso inicial: el incendio simultáneo de todas las tiendas y forrajes de Pescara, lo que de paso hacía pensar a los franceses en la retirada general de los diversos cuerpos imperiales. En fin, o como punto de partida: la arenga necesaria para exaltar el ánimo de todos.

Sandoval nos describe de este modo el Parque de Mirabello, el objetivo fundamental de la operación concebida por Pescara para el brillo de sus mejores arcabuceros:

Parque, que es una dehesa del monasterio de cartujos que se llama La Certosa y llega hasta junto a la ciudad de Pavía. Por la una parte confina con un río llamado el Grabalón, que cerca de Pavía se junta con el Tesino.

¹² SANDOVAL, Prudencio de: *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*. Pamplona (1514-1618). Hay una reimpresión de la Biblioteca de Obras Selectas fechada para el tomo IV el 29 de enero de 1847 titulada *Historia del Emperador Carlos V, rey de España*.

¹³ SANTA CRUZ, Alonso de: *Crónica del Emperador Carlos V*, vol. III, p. 265.



EJERCITO FRANCÉS	
1 FRANCISCO I	a) Tiercelin (Cab. lg.) b) Florenge (Suizos) c) Tropas feudales, Bonnivet, La Police, La Tremolle, Juan de Madecia, etc. (10.000)
2 DUQUE DE ALENCON	Gascones (12.000)
3 CINCO ABADÍAS	Suizos (8.000)
BAJAS	6.000 muertos 4.000 ahogados 20.000 prisioneros

EJERCITO IMPERIAL	
1 MARQUÉS DEL VASTO	a) Caballería ligera b) Lansquenetes alemanes c) Arcabuceros españoles artillería ligera (16 piezas) (3.000)
2 MARQUÉS DE PESCARA	a) (Lemoj) cabaleros b) (Bourbon) aventureros c) (Frundeberg) losquenetes (12.000)
3 ANTONIO DE LEIVA	Lansquenetes caballeros desmontados y arcabuceros (8.000)
BAJAS	1.000 muertos 3.000 heridos

BATALLA DE PAVÍA
III. Desarrollo

Por la otra estaba cercado de un muro de cal y ladrillo de la altura de una pica o más... Es apacible para la recreación de los religiosos: en medio de ella está una buena casa llamada Mirabel cercada a la redonda con un foso de agua que de un arroyo por allí pasa le pueden echar... es tierra llana y desescombrada para pelear.

Pescara, bien comprendido por su inmediato superior Lannoy, quiere que al amanecer del día 24 los arcabuceros de su ejército tengan delante una tierra llana y desescombrada en lugar del trabajado relieve de canales y fosos entre grandes árboles que los franceses utilizaban para la circunvalación de la ciudad de Pavía. Tal vez en esta resolución táctica radique la explicación del evidente éxito estratégico del astuto marqués.

EL NIVEL TÁCTICO: LA SUCESIÓN DE LOS COMBATES JUNTO A LA PLAZA DE PAVÍA

A la síntesis del plan, que Martínez Campos deduce de la lectura de las cartas redactadas por Pescara muy poco después del grandioso éxito táctico alcanzado en Pavía, sigue el curioso contenido de la anunciada arenga mil veces transcrita por los historiadores:

Quiero que sepáis, señores y hermanos míos, del extremo en que la fortuna nos ha traído. Y es que, de toda la tierra, sola la que debajo de los pies tenéis, podéis contar por amiga... No tengo un solo pan que daros de comer mañana... allí, ya de la vista que la otra noche algunos de vosotros le disteis, tenéis noticias de cuán abundante está el pan y el vino, y las carnes y las truchas del lago de Pécora, y los capones y otras muchas cosas y pescados.

No por azar, sino astutamente, a este desequilibrio en el bienestar de ambos campamentos, Pescara añade una connotación religiosa de enormes efectos psicológicos por lo discreta. *Mañana es viernes*, les dice inmediatamente después de hablarles de las truchas y del pescado que poseen sus adversarios.

En el otro campo, desde el día 20 de febrero, se había consumado el traslado del rey de Francia y de sus mejores caballeros a la Casita Repentita. El grueso de la infantería gala seguía acantonado sobre las Cinco Abadías, y el duque d'Alençon, con sus jinetes, permanecía obsesionado por evitar las salidas de Leyva (figura 3).

Es más que posible que el ambicioso plan de Pescara no llegara en su primera explicación mucho más allá de una nueva escaramuza de mayor envergadura que la de la noche del 19. Lo cierto es que Pescara infiltró un emisario en Pavía y que coordinó con Leyva un ataque por sorpresa al Par-

que de Mirabello, donde esperaba ver pululando en desorden una masa de siervos y negociantes. Tres disparos de cañón servirían para obtener la deseable simultaneidad del asalto al bosque intermedio que separaba al campamento imperial de los muros de Pavía a espaldas de las Cinco Abadías.

Lo primero en la sucesión de los acontecimientos fue la demolición de los sillares del muro del perímetro del parque. Hubo lentitud y faltó silencio, pero durante la noche tres brechas, de quince metros cada una, quedaron abiertas hacia las cinco de la mañana del día 24. Los centinelas franceses debieron de pensar que el ruido provenía de la retirada del campamento imperial, a su juicio más que justificada. *Se sosegaron los franceses hasta el alba*, dice Sandoval.

Al amanecer, entre nieblas, las fuerzas imperiales del marqués Del Vasto penetraron en el parque por las brechas abiertas. Mientras, los cuatrocientos jinetes ligeros de Sant' Angelo llegaron hasta la casa principal sin encontrar resistencia. Tras ambas columnas, mil doscientas lanzas imperiales aguardaban noticias para iniciar un avance masivo que arrastraría a los cerca de seis mil españoles que Pescara conservaba a sus inmediatas órdenes y a los doce mil lansquenets alemanes de Jorge de Austria, que aún tenían dos mil italianos más a su retaguardia, mezclados éstos con una pequeña masa de cañones. Era, en realidad, el movimiento de todo el ejército del emperador Carlos.

No puede hablarse a esas horas de la madrugada de un verdadero despliegue francés, sino sólo de una ordenada forma de estar viviendo sobre el terreno. En las proximidades de la línea de trincheras cavadas en la circunvalación del norte de la ciudad de Pavía habían dormido las cuatrocientas lanzas del duque de d' Alençon y los cinco mil suizos o esguízaros. No muy lejos acampaba y dormía la nobleza militar del reino y algo apartados hacia el este, en la línea de contacto teórica, los quince mil bandas negras de nacionalidad alemana que servían al rey de Francia, junto con diez mil suizos, otros tantos franceses y cinco mil italianos más. Reforzando el bloqueo de todas las salidas de la plaza quedaban aún diez mil infantes franceses y varios centenares de jinetes, éstos fuera del Parque de Mirabello, que era la parte más despejada del escenario de la batalla en ciernes.

A las seis de la mañana el asalto imperial al palacio tiene éxito y produce una notable repercusión moral. Francisco I reacciona pronto y se adelanta a la salida de Leyva. Una formación francesa, a caballo, desciende lentamente desde la Casita Repentita hacia Pavía. Tres columnas españolas, encabezadas por la que manda el marqués Del Vasto, a la carrera, van a su encuentro, utilizando como eje de movimiento las empantanadas orillas del arroyo Vernácola. Una fuerte cuña hispana se había creado entre los jinetes del rey de Francia, al oeste, y sus formaciones de infantes, al este. Los im-



Don Fernando de Ávalos, marqués de Pescara. Retrato pintado por Marco Palmezzano. (Museo Cívico Correr. Venecia).

periales de Carlos de Lannoy y del condestable Borbón, situados al costado izquierdo del marqués Del Vasto, impulsan el avance de esta cuña hacia el sur, avanzando todavía por dentro del bosque.

El combate se iría haciendo intenso gracias a la importante reacción francesa procedente de las Cinco Abadías. Pero el marqués Del Vasto, más alejado de esta zona que sus compañeros, opta por dejar atrás las piezas suyas de artillería y continúa su progresión a pie hacia Pavía por delante del propio Pescara, que ya se ha unido a Lannoy.

La descripción, que se debe a Sandoval, del despliegue de la fuerza imperial y española pone por separado a los jinetes de los infantes. El escuadrón del virrey Lannoy es calificado de escuadrón de vanguardia, el del condestable Borbón es denominado de batalla y el de retaguardia es el que queda a cargo del intendente o comisario español Hernando de Alarcón. Distingue entre la infantería española de Pescara –éste erguido sobre su caballo *el Mantuano*, pero él mismo vestido de infante–, la infantería tudesca de Jorge de Austria –éste cubierto con capilla de fraile franciscano, por devoción– y la retaguardia italiana, a cargo de los capitanes Papapoda y Cesaro de Nápoles.

Les atacan sobre la mano izquierda –dice el relato de Sandoval– *hacia sí los franceses cuando ya el sol comenzaba a resplandecer, con los 500 jinetes del Duque d'Alençon y 5.000 esguízaros o suizos y detrás el rey, Enrique de Albret, el príncipe Stewart de Escocia, el almirante Bonnivet, La Palice, etc... con los 15.000 alemanes de banda negra al servicio de Francisco I.*

La lista, en la pluma de Sandoval, añade otros diez mil esguízaros, quince mil italianos y diez mil franceses, a los que llama fratopines. En realidad, son unas cifras abultadas, quizá para señalar el gran éxito del fuego de los arcabuceros a las órdenes de los capitanes Alonso de Córdoba y Rodrigo de Ripalda: *Lo que los trescientos españoles hicieron, yo lo podía decir* –escribe el soldado Martín García Cerezeda– *que de todo fuí testigo de vista, por me hallar entre ellos.*

De hecho, los disparos de la artillería francesa del duque de Ferrara, asentada en la Torre del Gallo, hacían estragos en el conjunto sólido que mandaba Pescara. Es entonces el momento –más tardío de lo convenido– que elige Leyva para salir de la plaza y enfrentarse con la masa desorganizada de piqueros suizos que se habían obsesionado por demoler y por desclavar la artillería que Del Vasto había dejado atrás. Todavía la caballería francesa del entorno de Francisco I se interpone entre Leyva y Del Vasto, precisamente en la parte más despejada del parque, para su desgracia.

Un error táctico del rey Francisco I libera a Pescara de lo dramático de su posición y permite el encuentro de los hombres de Leyva con los de Del

Vasto. El rey ordena, insensatamente, la carga en masa de todos los jinetes —caballeros de armas— en el sentido oeste-este, junto al borde meridional del Parque de Mirabello, introduciéndolos, sin saberlo, en la trayectoria de la artillería gala que castigaba a los hombres de Pescara, Lannoy y Borbón. Pescara, liberado del fuego artillero, abre sus líneas y contraataca por separado con los lansquenets del condestable Borbón y con sus propios arcabuceros puestos en línea disciplinada de fuego en el lugar adecuado para hacer fracasar la carga de caballería.

Hacia las ocho de la mañana la caballería pesada de Francisco I, bloqueada por el fuego, desorientada por la niebla y alejada de los piqueros que podrían protegerla, combate cuerpo a cuerpo con los infantes de Pescara. En treinta trágicos minutos para la historia de Francia va cayendo, a golpes de arcabuz o de cortes de cuchillo, la flor y nata de la nobleza francesa que se aprieta sobre la derribada cabalgadura de su rey¹⁴.

Murieron, uno tras otro, el almirante Bonnivet, el mariscal de La Trémoille, el escudero D'Aubigny, etc. El propio Leyva, aquejado de un fuerte ataque de gota, salió de Pavía llevado a hombros en una litera para seguir de cerca los movimientos de los suyos en pleno desorden francés. Numerosos grupos franceses de soldados retrocedían hacia los puentes. Pero uno de ellos, el de barcas, aguas abajo del Tesino, apareció destruido por causa de una orden que había dado el duque d'Alençon, todavía obsesionado por la idea de bloqueo. Muchos suizos, franceses e italianos del ejército real se ahogaron en el río mientras alguna columna de jinetes se salvaba utilizando el único puente fijo, que seguía intacto.

Las plumas del yelmo del monarca francés se veían a distancia. Los arcabuceros de Pescara, que concentraban sus disparos en el grupo de jinetes de su entorno, lograron detener todas las posibilidades de movimiento que aún le restaban al monarca. Murieron, en lucha cuerpo a cuerpo, el conde Toulouse-Lautrec, el señor de La Palice, el de la Roche de Maine, el mariscal de Foix y algunos nobles más.

El rey cayó de su caballo y quedó debajo de él, inmovilizado por el peso de su rica coraza. Unos cuantos españoles se acercaron respetuosos al caído: el guipuzcoano Juan de Urbina, el gallego Alfonso Pote, el granadino Diego de Ávila y un zapatero anónimo de Segovia. El rey Francisco sólo quiso entregarse al flamenco Carlos de Lannoy, de cuya caballería tenía, dicen los cronistas, un concepto elevado. La espada de Lannoy pasó a manos del prisionero una vez éste entregó la suya, porque el virrey de Nápoles —nos dicen las crónicas— no podía soportar ver al rey de Francia desarmado.

¹⁴ SANDOVAL, Fray Prudencio de, Obispo de Pamplona: *Historia del Emperador Carlos V, Rey de España*. Tomo IV. Madrid, 1847, pp. 151-249. Contiene numerosos datos personales.

La descripción tardía de Sandoval no coincide con la más fresca de Ce-rezeda, pero, en el fondo, se parecen. Un arcabuz derriba de un disparo al rey francés. Le alcanza un hombre de armas de la compañía de don Diego de Mendoza, que se llamaba Juan de Urbietta, vascongado, natural de Hernani y que era mellado de dientes. Llega para disputarle la propiedad de la regia presa Diego de Ávila, hombre de armas de Granada. El prisionero le entrega su estoque mientras otros arcabuceros amenazan con poner fin a su vida, sin acabar de creerse que fuera el rey Francisco I. Llega el gallego Pita, que, con la ayuda de otros dos soldados, levanta al rey del suelo y le toma el collar de la Orden de San Miguel. El caballero español De la Mota pone definitivamente a salvo la vida de Francisco I, que no estaba herido, aunque sí con manchas de sangre sobre las manos y el rostro.

Psicológicamente parece que pesó mucho en el ardor del combate la falsa noticia de la muerte de Pescara —en realidad el muerto era Sant' Angelo—. Pero era cierto que Pescara había recibido tres heridas, una en la nariz, otra en una mano y una tercera, de apariencia gravísima, que le atravesó el coselete y la quemó la piel por debajo de la armadura.

Mientras tanto, los soldados de Leyva, mezclados con los de Del Vasto, ya sin percibir peligro a su frente, iban dando cuenta de los últimos reductos de piqueros suizos en las Cinco Abadías. La caballería del duque d'Alençon emprendió franca huida. La niebla, cuando concluyó la batalla, todavía no se había levantado de la zona de confluencia del Po con el Tesino y de la de éste con los arroyos Naviglio, al oeste de Pavía, y Vernácola, al este de la misma ciudad, cuyas torres emergían victoriosas al sol del mediodía.

CONCLUSIONES

Francisco I, conducido por Lannoy en persona, pasó por las prisiones de Pizzighetone, en Milán, *fortísima villa con un más fuerte castillo en la ribera del río Adda vecino a la ciudad de Cremona*, y de la torre de Los Lujanes, en Madrid, antes de firmar, desde la primera, una carta famosa a su madre, Luisa de Saboya —*todo está perdido menos la vida y el honor*—, y desde la última el Tratado de Madrid, cerca de un año más tarde.

Según Menéndez Pidal, que toma los datos de Contarini, el Consejo de Carlos V en Madrid, al emitir su dictamen, se dividió en dos bandos: uno dirigido por Gattinara y el otro por los consejeros españoles Moncada y Pescara.

Gattinara abogaba por la guerra de conquista contra Francia, los españoles, por la paz con el francés, es decir: 'nada de tendencia a la monarquía universal, sino al imperio de paz cristiana'.

Era una paz quijotesca, como dice Fernández Álvarez. Se dejaba ver que *la principal causa e intención del dicho Señor Emperador y Rey Cristianísimo es y ha sido por el medio de esta paz particular para prevenir a la universal y por consiguiente a las empresas con turcos, infieles, heréticos, alienados del gremio de la Santa Iglesia*, como decía una cláusula del tratado.

Fue ésta, exactamente, la interpretación de los hechos que un año más tarde de ninguna manera ahora aceptarían coaligados contra Carlos V, ni Francisco I de Francia ni el Papa Clemente VII en el *Breve* de 23 de junio de 1526. El Saco de Roma, en mayo de 1527, que será la consecuencia de esta Liga clementina, precederá en algo más que otro año la entrada de Carlos V en Italia para imponer el orden con eficacia en el mosaico de principados todavía agitado en parte por Francia.

El consejo de Antonio de Leyva había sido seguido al pie de la letra por el Emperador, poco después de la muerte de Pescara por enfermedad:

V.M. venga en nombre de Dios a Génova, porque de allí se podrá dar orden en lo que más fuere su servicio. Y aunque los enemigos fuesen tan gruesos que V.M. no pudiese pasar, se podrá hacer venir tanta gente de Alemania que por fuerza se echarán los enemigos. Y estando V.M. en Génova está como fuerte en Barcelona.

Era la síntesis de una estrategia total antifrancesa, no contra el Islam. *Carlos V –concluye Fernández Álvarez– cumple con sus obligaciones imperiales. Pone en paz Italia. Se entrevista con Clemente VII. Es solemnemente coronado en Bolonia. Consigue arrancar al Papa la promesa de convocar el Concilio, promesa nunca cumplida. Devuelve el Milanésado a la Casa Sforza... En Italia tiene noticia de la feliz defensa de Viena, ante el primer avance de Solimán.*

El éxito táctico de la batalla de Pavía parecía garantizado incluso en términos políticos. Había terminado la primera fase del *idearium* carolino, todavía con grandes esperanzas de su consolidación como política general del Imperio. Tres días de San Matías, el del nacimiento de Carlos en Gante en 1500, el de la batalla de Pavía en 1525 y el de la coronación papal del Emperador en Bolonia, jalonaban el signo favorable de la extraordinaria efemérides.